

FACTORES ÉTNICOS DE LA ANARQUÍA HISPANOAMERICANA

I. LA ANARQUÍA HISPANOAMERICANA

Desaparecidos los grandes libertadores, los teorizantes revolucionarios que los habían combatido a muerte, se enseñorearon de los destinos de Hispanoamérica jugándolos locamente en una cruenta orgía de doctrinarismos demagógicos.

El republicanismo democrático hispanoamericano ha sido el más largo y total ensayo de anarquización política y social realizado hasta ahora en la Historia del Mundo.

La anarquía republicana ocupa casi toda la vida independiente de nuestras naciones. Los intervalos los llenan las dictaduras personalistas de numerosos caudillos militares y civiles; dictaduras que no hicieron otra cosa que preparar nuevos períodos de anarquía sangrienta, volviendo odioso a los pueblos todo principio de autoridad, exacerbando su furioso espíritu individualista y libertario, provocando la represalia y la venganza y destruyendo así toda conciencia de moral política en que poder fundamentar un sistema de organización social y un orden jurídico.

La democracia, tal como fué implantada en Hispanoamérica, llevó a nuestras naciones al desorden y a la anarquía. No quiere decir esto que el desorden y la anarquía sean necesariamente el inevitable producto de la democracia. Quiere decir, sencillamente, que dada las condiciones étnicas e históricas de Hispanoamérica, su implantación aquí fué un grave error político que trajo consecuencias fatales para nuestros pueblos. Quiere decir que nuestros pueblos no estaban preparados para la democracia, y así lo entendieron Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano y todos los más eminentes caudillos de la Independencia.

La democracia constituyó, pues, el caldo político propicio para el desarrollo de los gérmenes de anarquía que existían en nues-

tros pueblos; elementos humanos de rebelión y de desorden que permanecían dormidos o sometidos bajo el sistema de gobierno español, paternal y autoritario, y que, con la guerra de independencia, despertaron violentos, siendo encauzados en ella por la férrea disciplina militar, y por el genio de los grandes caudillos como Bolívar, pero que una vez desaparecidos éstos e implantada la república democrática, no encontraron un dique a su impulso disociador, sino, por el contrario, los principios del individualismo liberal fueron la puerta abierta a todas las tropelías y abusos de su indómita y destructura potencialidad.

Mas la anarquía, aunque fenómeno principalmente político, no se plantea aisladamente en lo político, sino que abarca radicalmente todo el terreno social y cultural y tiene sus raíces en el alma misma de los pueblos, en la psicología étnica y en el desajuste espiritual de la persona humana. La anarquía política es el producto de una anarquía espiritual, o sea la carencia de una jerarquía de valores culturales ordenadores de los impulsos psíquicos y sanguíneos de los diversos ancestros étnicos ante las inevitables fallas sociales y las poderosas sollicitaciones del ambiente, la falta de principios rectores de la conducta social que Durkheim llama «anomia» (1).

La anarquía hispanoamericana sólo puede ser entendida y explicada a través de un enfoque sociológico de los elementos humanos productores del desorden social, elementos propios de los grupos étnicos constitutivos de nuestra población.

Importa, pues, señalar de previo el proceso de constitución de esta población hispanoamericana y sus consecuencias sociales, porque los grupos étnicos que forman nuestro organismo social no pueden estudiarse separadamente, sino en función de su posición y actuación históricas dentro de dicho organismo social.

2. HISPANOAMÉRICA, REALIDAD MESTIZA

España, con un alto espíritu religioso y con un profundo sentido humano, de humanismo cristiano, no vió en América únicamente un campo de explotación de riquezas como lo viera el ge-

(1) Sobre la anarquía política ver en mi libro *Sociología de la Política Hispanoamericana* el capítulo «Anarquía y Dictadura».

nio mercantilista de Inglaterra. El genio misionero y católico de España vió, sobre todo, a la humanidad de América, al *homo americanus*, a los pueblos infieles que había que convertir, que civilizar y que salvar, porque para el humanismo español —como dice Maeztu— «todos los hombres pueden ser buenos, y no necesitan para ello, sino creer en el bien y realizarlo», y esta era la idea española que Diego Láinez hacía triunfar en Trento, salvando así la unidad moral de género humano.

A Inglaterra no le importó el hombre de América, sino únicamente el territorio y sus riquezas. Visto que el indio era rebelde y débil para el trabajo, se decretó su exterminio y se trajo esclavos blancos y negros para explotar las peleterías y pesquerías de la Nueva Inglaterra. El verdadero móvil de la colonización española fué —como dice Encina— «la necesidad vital de engendrar nuevos pueblos». España trajo a América sus leyes, sus instituciones y su espíritu. Su política fué de expansión *nacional*, expansión de España misma, de su cultura y de su sangre. La política inglesa fué de expansión *colonial*.

Esta política cristiana y antirracista de España determinó la conservación de grandes poblaciones indígenas y su mezcla con los españoles, dando lugar a la mestización en gran escala. España realizó una obra gigante en el proceso de incorporación de estas masas indígenas a la Civilización y a la Cultura de Occidente. Pero este proceso no es obra de tres siglos.

España no se equivocó al emprender la tarea de incorporar los pueblos indígenas a la Civilización Cristiana, ni cuando, desconociendo absurdos prejuicios racistas, mezcló su sangre generosa con la sangre de los aborígenes de América.

La posición fundamental de España frente al indio era la única noble y verdadera. Y la ciencia moderna ha venido a darle toda la razón. La tan discutida superioridad racial del blanco y la pureza racista no pasan de ser ahora un mito político y social que todos los científicos y antropólogos rechazan.

«Si la tan decantada inferioridad de los mestizos existe realmente —dice Julián Huxley— es mucho más posible que sea el producto de una atmósfera social desfavorable en la que han crecido que el efecto biológicamente nada frecuente de su herencia mixta (2)». «Cada grupo civilizado que conocemos ha sido híbrido

(2) J. S. HUXLEY: *Eugenics and Society*. Galton Lecture, Eugenic Society, Londres, 1936.

—argumenta Ralph Linton— hecho que destruye clamorosamente la teoría de que los pueblos híbridos son inferiores a los de pura cepa» (3).

Los antropólogos modernos llegan incluso a negar la existencia de razas, y consideran que este concepto no corresponde a ninguna realidad biológica.

Después de hacer un estudio de cada uno de los caracteres físicos que han servido de criterio para la diferenciación racial: color de la piel, color y forma del ojo y del cabello, estatura, forma de la nariz, índice cefálico, etc., Ruth Benedict concluye negándoles todo valor racional. A la misma conclusión se ha llegado con respecto a los *grupos sanguíneos*, descubrimiento de los esposos Hirsfeld, que en un tiempo se creyó que servirían para distinguir a unos pueblos de otros, justificando la existencia de diferentes grupos biológicos dentro de la especie humana, o sea lo que se ha dado en llamar *razas*.

Julián Huxley ha llegado a afirmar, en un sesión de la British Association, que «el término raza estorba al progreso de la antropología» (4). «La raza — escribe Ruth Benedict en su obra citada — es una abstracción, incluso tal como la define un genetista, y definida estadísticamente por un atropofísico es una abstracción todavía mayor» (5).

Desde el punto de vista biológico parece estar comprobado claramente que no existen caracteres físicos que diferencien esencialmente a unos pueblos de otros, determinando los diferentes grados de cultura y de evolución social que en ellos se advierte.

Para determinar si estas diferencias podían explicarse por la existencia de caracteres psíquicos distintos, se recurrió a la realización de *test* en individuos de las diferentes razas y aun de la misma raza. Estos *tests* dieron resultados contradictorios. Y entonces se creyó poder sentar que «la aptitud hereditaria no se distribuye por razas, y que, cuando las condiciones del ambiente son

(3) RALPH LINTON: *The study of man*. New York. D. Appleton, Century, 1936, pág. 34.

(4) Citado por LIPCHUTZ en su obra *El Indoamericanismo y el problema racial en las Américas*. Edit. Nascimento, 1944.

(5) RUTH BENEDICT: *Raza, Ciencia y Política*. Ediciones del fondo de Cultura Económica, México.

iguales para grupos distintos, el resultado medio es también similar» (6).

Esta afirmación, sin embargo, no tiene una base lógica segura, porque la contradicción entre los resultados de los tests puede explicarse por la interferencia de influencias ambientales, cuya existencia no se opone a la existencia de caracteres psíquicos raciales.

La única conclusión exacta que puede sacarse de esta experiencia de los tests, es el fracaso que afirma Brigham: «Con los tests de que disponemos no pueden llevarse a cabo estudios comparativos de diversos grupos nacionales y raciales. Especialmente uno de los más pretenciosos de esta clase de estudios (el del propio Brigham) carecía de fundamento» (7).

Por otra parte es innegable la existencia de caracteres psíquicos propios de cada pueblo, que, como en el caso de los judíos —dispersos en el espacio y en el tiempo— persisten tenazmente a través de los cambios mesológicos y no se explican sino por la herencia racial.

Una conclusión racional será, pues, negar a los caracteres hereditarios un valor absoluto, y supeditarlos decisivamente a las influencias exteriores del medio ambiente. El profesor Lipschutz en su obra *El indoamericanismo y el problema racial en las Américas*, llega a esta conclusión cuando dice: «Nadie puede negar las diferencias espirituales entre las distintas agrupaciones raciales a través del mundo. Sin embargo, el hecho de que tales diferencias existan no es contrario a nuestra tesis de que casi la totalidad de las razas humanas se presentan semejantes en cuanto a la posibilidad de dar desarrollo a un tipo cultural, en sentido individual o colectivo, que corresponda al promedio cultural de nuestra raza blanca. Además, y esto me parece fundamental para la discusión de las diferencias espirituales que hay entre las distintas razas humanas, sería por el momento muy difícil, o mejor dicho, imposible, establecer científicamente hasta dónde estas diferencias espirituales están determinadas por condiciones inmanentes biológicas o raciales genéticamente estables, y hasta dónde por las condiciones tan variables del ambiente».

La fórmula científica de esta conclusión sería tomándola del mismo Lipschutz: «fenotipo plástico, determinado no sólo por la

(6) RUTH BENEDICT: Obra citada, pág. 100.

(7) Citado por RUTH BENEDICT.

ciega ley biológica del genotipo, sino también por las leyes humanas, sociales, colectivas, y en su forma más sublime por las leyes de la sociología científica», es decir, fenotipo plástico determinado, no sólo por el genotipo, sino también por los factores ambientales (8).

Esto quiere decir que cuando se habla de raza, si es que queremos conservar este término que Julián Huxley opina, debe ser desterrado de toda nomenclatura científica sustituyéndolo por el de «grupo étnico», debemos entender no sólo los factores biológicos hereditarios, sino principalmente los factores históricos hereditarios, es decir, los caracteres físicos, psíquicos y culturales de un grupo humano fijado por la permanencia de éste bajo la influencia de las condiciones mesológicas de un determinado ambiente histórico y geográfico.

El mestizaje vendría a ser así, como expone el sociólogo ecuatoriano Angel Modesto Paredes: «unir cuadros hereditarios de distinta índole y de gran energía de permanencia: confundiendo los caracteres cuando sea posible, como una adición de calidades de igual clase; superándose o imponiéndose los unos a los otros, cuando fuere del caso, según los principios de la genética y el comportamiento de calidades dominantes y recesivas; o manteniendo formas inconciliables, hasta que, combinaciones sucesivas supriman a aquellas que no coinciden con los módulos generales de la existencia» (9).

Así explicado el mestizaje no puede considerarse como dañino, sino al contrario, como beneficioso, y como ley ineludible de la historia necesario en la formación de nuevos tipos humanos y en el desarrollo y evolución de la Humanidad.

Desde luego, dentro del campo limitado de las experiencias nacionales, el mestizaje, con su conflicto biológico y cultural, puede, en algunos casos, retardar la evolución histórica de un grupo étnico o nacionalidad, en espera de la solución social de dicho conflicto a través de un proceso cuya rapidez y lentitud dependen de las mayores o menores disparidades y diferencias antropológicas y culturales de las razas concurrentes en el mestizaje.

(8) Genotipo es el conjunto de los factores hereditarios existentes en el óvulo fecundado. Fenotipo es el conjunto de los caracteres propios de la especie o del individuo.

(9) ANGEL MODESTO PAREDES: *Problemas Etnológicos Indoamericanos*. Casa de la cultura ecuatoriana. Quito, 1947.

El mestizaje implica siempre ruptura del proceso histórico y cultural de las razas concurrentes para dar nacimiento a una nueva raza y a un nuevo proceso en el lugar geográfico donde se realiza la concurrencia. Y esto produce inevitablemente un desequilibrio social por el choque de fuerzas raciales con sus influencias sanguíneas y ambientales, y por el reajuste de las virtudes y defectos hereditarios de las diversas corrientes étnicas que confluyen en el mestizaje.

Examinado el mestizaje hispanoamericano a la luz de estas ideas científicas resulta evidente que no cabe condenarlo, ni cabe tampoco hacer una supuesta justicia histórica contra el grupo étnico predominante por la interrupción del proceso cultural indígena americano. Tampoco procede intentar una reanudación de este proceso de las culturas autóctonas americanas y una abolición del proceso de mestización cultural, con base en la supervivencia actual de fuertes núcleos raciales y culturales indígenas más o menos puros, y pretendiendo establecer, en vez de la fusión del mestizaje, un paralelismo de razas y culturas artificial y peligroso, y en verdad insostenible dentro de la realidad de la evolución histórica.

Hispanoamérica es racial y culturalmente una realidad mestiza, una concurrencia de razas y culturas en proceso avanzado de fusión y de integración de una nueva raza o tipo humano y de una nueva forma de cultura. En esta fusión la raza y cultura dominantes han sido y son las europeo-hispánicas. Según Barón Castro, en Hispanoamérica existen actualmente dieciséis millones de indios puros, o sea apenas un poco más del diez por ciento de su población total.

Pero de la misma manera que no se puede reproducir aquí en América el proceso histórico y cultural propio de la raza española y la nación española, tampoco se puede reanudar el proceso histórico y cultural de las razas y naciones indígenas, que fué cortado o interrumpido por la conquista y colonización españolas.

Frente a la realidad histórica y sociológica, al mismo tiempo ineludible y beneficiosa, como dejamos dicho, del mestizaje hispanoamericano, resulta ociosa y carente de sentido la discusión sobre el valor superior de las culturas abolidas o interrumpidas por la conquista española, puesto que es necesario admitir que la cultura resultante del mestizaje, como suma y fusión de los valores culturales europeo-españoles y de los valores culturales indígenas,

debe ser a la larga una cultura superior a las dos culturas originales fundidas en ella.

Y no menos ociosa resulta la discusión sobre la conveniencia de que sean las culturas indígenas las predominantes en este mestizaje hispanoamericano, pues el predominio de una cultura sobre otra en el proceso de mestización es un hecho histórico fruto del enfrentamiento real de las respectivas fuerzas vitales, y no puede ser variado a voluntad por los resultados de una discusión, aunque ellos se tradujeran en decretos gubernativos.

Lo único factible y sensato es tratar de descubrir los buenos y malos factores de ambas razas y culturas que intervienen favoreciendo o retardando el proceso de mestización de las mismas, a fin de establecer condiciones políticas y sociales favorables a la aceleración de dicho proceso y a su mejor resultado humano.

3. APOLOGÍA Y DECLARACIÓN DEL INDIOS

Como raza vencida al indio se le han achacado todas las deficiencias del mestizaje, todos los factores retardatarios del proceso de evolución social hispanoamericano. El indio ha tenido desde el comienzo un buen número de detractores, pero también tuvo y sigue teniendo sus apologistas, que lo adornan de bellas virtudes, llegando algunos a achacar al pueblo conquistador y a su cultura foránea la retardación del proceso evolutivo de los pueblos indígenas americanos.

La pugna de intereses y doctrinas alrededor del indio americano se planteó entre los españoles desde el primer momento del descubrimiento y de la conquista. Pero nunca español alguno se atrevió a negar al indio su condición humana. Fué Paracelso quien sostuvo la tesis de que los indios americanos no podían ser hijos de Adán, tesis que mantuvo Lapeyrère en su libro *Los preadamicos* (1555), y que fué combatida por los historiadores de Indias, por el Padre José de Acosta, Fray Gregorio García, Fray Bernardino del mismo apellido, don Diego Andrés Rocha y otros.

Ya en 1511 el dominico Padre Montesinos pronuncia desde el púlpito del primer templo cristiano de América, en La Española, su famoso sermón de la cuarta dominica de adviento, protestando contra el maltrato de los indios y reivindicando para ellos la condición de seres humanos, de almas llamadas a la redención por

Cristo y de prójimos que el primer mandamiento divino ordena amor como a nosotros mismos.

Planteadas la discusión española sobre el indio en el terreno teológico-jurídico, pero con base en los intereses económico-políticos de la monarquía y de los conquistadores y encomenderos, las apreciaciones e informes sobre los caracteres antropológicos y sobre la psicología social, costumbres e instituciones de los pueblos indígenas son variados y contradictorios, según que el informante tomara partido por uno u otro bando de la disputa.

Dos testimonios, ambos de Obispos, exponen claramente esta patente contradicción.

Fray Tomás Ortiz, primer Obispo de Santa Marta, decía refiriéndose a los indios: «Que era una gente que comía carne humana; que eran fométicos más que generación alguna, y que ninguna justicia había entre ellos; que andaban desnudos y no tenían vergüenza; eran como asnos abobados, alocados e insensatos, y que no temían en nada matarse y matar, ni guardaban verdad si no era en su provecho; eran inconstantes, no sabían qué eran consejos; ingratisimos y amigos de novedades; que se preciaban de borrachos y tenían vinos de diversas frutas, raíces y granos; emborrachábanse con humos y con ciertas hierbas que los sacaban de su juicio. Eran bestiales en sus vicios; ninguna obediencia ni cortesía tenían mozos a viejos, ni hijos a padres; que no eran capaces de doctrina ni de castigos. Eran traidores, crueles y vengativos, enemiguísimos de religión y nunca perdonaban. Eran haraganes, ladrones, mentirosos, de juicios bajos y apocados; no guardaban fe, ni orden, ni guardaban lealtad maridos a mujeres, ni mujeres a maridos. Eran hechiceros, agoreros, nigrománticos. Que eran cobardes como liebres; sucios como puercos; comían piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallaban. No tenían arte ni maña los hombres, y que cuando se olvidaban las cosas de fe que aprendían, decían que aquellas cosas eran para Castilla y no para ellos, y que no tenían ganas de mudar de costumbres ni de dioses; no tenían barbas, y si algunas les crecían se las arrancaban. Que con los enfermos no usaban piedad alguna, y aunque eran vecinos y parientes los desamparaban al tiempo de la muerte o los llevaban a los montes a morir con sendos pocos de pan y agua. Cuando más crecían se hacían peores; hasta diez o doce años parecía que habían de salir con alguna crianza y virtud, y de allí en adelante se volvían como

brutos animales; y, al fin, dijo que nunca creó Dios gentes más cocida en vicios y bestialidades sin mezcla de bondad o policía, y que se juzgase para qué podían ser capaces hombres de tan malas mañas y artes.»

Por otro lado, Juan Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla de los Angeles, en su libro *Virtudes del indio* pinta a los naturales de América como de carácter suave, fervorosos cristianos, fieles a la Corona, libres de cuatro vicios capitales: codicia, ambición, soberbia e ira; templados en la carne y en la gula; «por muchos y grandes que sean sus agravios rarísimas veces tienen ira ni furor para vengarse»; son honestos, caritativos y humildes; «obedientísimos a sus superiores»; «despiertos al discurrir, y muy elegantes en el habla»; tienen despierto el entendimiento, «no sólo para lo práctico, sino para lo especulativo moral y teológico»; «en viendo pintar, a muy poco pintan; en viendo labrar, labran, y con increíble brevedad aprenden cuatro o seis oficios y los ejercitan según los tiempos y calidades»; «la comprensión y facilidad para entender cualquier cosa, por dificultosa que sea, es rarísima, y por eso no dudo que aventajen a todas las naciones en hacer ellos cosas que los demás no las hacen y saben hacer con tal brevedad y sutileza». Si hay ladrones entre ellos son «los que se han creado y viven con los que no son indios, y si son borrachos se debe a que, lejos de prohibírsela, sea la bebida comida del juez, por estar sujeta a tributos, que hace crecer la relajación en el indio y en el rico la codicia».

La discusión alrededor del indio americano, de sus valores antropológicos, de su capacidad para la cultura, no ha cejado en los cuatro siglos de vida americana, desde la famosa polémica entre Las Casas y Sepúlveda sobre la guerra y la esclavitud de los infieles de América. Autores como Robertson, Paw, Raynal y el abate Brena negaron al indio capacidad intelectual y moral, declarándole al margen de toda cultura. Contra ellos se alza el ecuatoriano Padre Juan de Velazco; y el historiador protestante Drapper, tal vez en un afán denigratorio de la obra católica de España, afirma, con Carli, «que en la época de la conquista, el hombre moral del Perú era superior al europeo, y hasta también lo era el hombre intelectual».

Por otra parte, el mito o leyenda modernos del buen salvaje, que tiene su origen en los historiadores de Indias, y que tanto influyó en la literatura y el pensamiento europeos del siglo XVIII

con Montaigne, Voltaire, Montesquieu, y el más influyente de todos: Rousseau, se reavivó en el siglo XIX, produciendo un interés inusitado por el conocimiento y estudio de los pueblos primitivos. Las regiones apartadas de la civilización, donde los hombres se conservaban en el más puro estado de naturaleza, se convirtieron en atracción principal de novelistas, filósofos y científicos, y allá se dirigieron en busca de la comprobación de la teoría lanzada por el famoso relojero de Ginebra. Viajeros ingleses, franceses, yanquis y alemanes recorrieron América de Norte a Sur y de Sur a Norte para descubrir la bondad natural de los indígenas. En sus libros de viajes nos dejaron la pintura de unos indios nobles, inteligentes y pacíficos, dueños de la sabiduría filosófica de la sencillez y de un sentido moral más elevado que el del hombre civilizado, al cual deben ellos todos los males que padecen, porque el blanco sólo vino a corromperlos y a explotarlos.

Uno de estos últimos científicos viajeros —Carl Lumholtz—, que recorrió México en tiempos de Porfirio Díaz, afirma, en su voluminoso libro *El México desconocido*, que del contacto con los blancos los indios sólo han sacado perjuicios. «En verdad —escribe— siente tristeza el etnologista al pensar cuán por completo destruyeron los frailes españoles las antiguas costumbres en el curso de pocos siglos. Hicieron a los paganos olvidar los profundos pensamientos de sus primitivas ceremonias, a la vez misteriosas y públicas, sustituyéndolas con la aparatosa ostentación de las fiestas católicas sin el sentimiento cristiano. No quedan ya sino confusos residuos de las ideas y esplendor de los antiguos tiempos. Entonces cualquier movimiento, el menor fragmento de adorno, aun la tela misma, tenían objeto y significación especiales; ahora se ha embotado la inteligencia de la raza, y los indios viven degradados y pobres».

¿Qué valor podemos darle a todas estas apreciaciones contradictorias? La verdad, en éste como en otros casos, se halla en el justo medio y en las comprobaciones científicas de la arqueología, antropología y sociología modernas.

No podemos negar, y en esto tiene plena razón el indigenista peruano Luis E. Valcárcel, que las culturas indígenas andina y mejicana deben considerarse, al lado de las otras culturas llamadas superiores, como protagonistas de la Historia Universal, porque su contribución al bienestar de la Humanidad ha sido valiosa en aportes culturales, técnicos, científicos y económicos, y porque sus

expresiones artísticas y religiosas no desmerecen ante similares expresiones indias, chinas u occidentales. Pero tampoco podemos negar hechos comprobados históricamente que son expresión de un primitivismo no superado por nuestros pueblos indígenas, y prácticas de barbarie como los sacrificios humanos, la idolatría, la antropofagia, los vicios bestiales y nefandos, etc.; hechos todos estos determinantes en las razas aborígenes americanas de rasgos o caracteres antropológicos y psicológicos depresivos y rebajantes de la personalidad humana y de fatales consecuencias de anarquía en el ámbito social creado por el mestizaje sanguíneo y cultural.

Y por encima de todo, la observación sociológica directa señala algunos hechos indiscutibles que no pueden ser objeto de variación ni de revisión. Estos hechos son: a) El mestizaje como realidad del ser de Hispanoamérica y de su evolución histórica. b) El predominio de la Cultura Cristiana occidental como desiderátum de ese mestizaje; y c) El actual estado de inferioridad social y cultural de las poblaciones indígenas, cualquiera que sea su causa, y la incapacidad actual de sus propias culturas *residuales* (10) para sacarlas de ese estado de postración social; por lo que debe afirmarse, con el Vasconcelos de *Indología*, que «el indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina».

4. LOS CARACTERES DEPRESIVOS EN EL INDIO

Para nuestro propósito de estudiar los factores étnicos de lo que llamamos la anarquía hispanoamericana, interesa señalar esos rasgos o caracteres psicológicos depresivos del indio que determinan su estado de inferioridad social y cultural e influyen desfavorablemente en el proceso de mestización hispanoamericano.

En la obra *Nuestra América*, quizá el más vigoroso y complejo

(10) Llamo *residuales* a estas culturas para indicar que no son sino restos de las antiguas culturas prehispánicas cortadas en su evolución histórica, incapaces por lo mismo actualmente de dar respuesta a los problemas espirituales e históricos del hombre moderno; y al mismo tiempo, como señala BARÓN CASTRO, Méjico y Perú, centros de las culturas indígenas superiores, «son países con predominio mestizo». (*Estudios Demográficos*, Instituto Balmes de Sociología. Madrid, 1945.

ensayo sobre la psicología social hispanoamericana, Carlos Octavio Bunge señala dos rasgos típicos comunes en la psicología de los indios americanos, que pueden considerarse como los caracteres fundamentales que son determinantes de su inferioridad social y cultural y con ella de esa subversión de la jerarquía de valores positivos del mestizaje que hemos llamado anarquía hispanoamericana.

Estos dos rasgos son el *fatalismo* y la *venganza*. Ambos son formas o caracteres propios del primitivismo humano.

El fatalismo resulta del miedo del hombre primario a las fuerzas oscuras de la naturaleza para él desconocidas e incontrolables y a cuyo imperio se somete, orientando hacia ellas su primer elemental sentimiento religioso hasta confundirlas con la misma divinidad. Los dioses de los pueblos primitivos representan por esto a esas fuerzas de la naturaleza, y sus religiones son necesariamente fatalistas.

El fatalismo convertido en sentimiento religioso constituye un obstáculo formidable para la evolución y el progreso humanos. De aquí que sólo pueda ser vencido cuando pierde ese carácter religioso, es decir, cuando la religión fatalista es sustituida por una religión liberalista como la Cristiana.

La pereza y la desidia achacadas al indio por viajeros y cronistas no son otra cosa que ese fatalismo primitivista que atinadamente señala Bunge. «La propensión al ocio y a la desidia — escribe Juan de Ulloa en su informe secreto para Carlos IV— es la misma en los indios de la Luisiana y del Canadá que en los del Perú y partes meridionales de América, ya sean civilizados o gentiles». Y el agente francés en Caracas, M. F. Pons —citado por Sarmiento— observa: «el indio se distingue de la manera más singular por una naturaleza apática e indiferente que no se encuentra en ningún otro».

Keyserling, en sus *Meditaciones Suramericanas*, refiriéndose al indio habitante de las mesetas andinas, llega a compararlo con el bronce por «aquella indolencia y aquella inercia, aquella insensibilidad más allá de la superficie, aquella naturalísima inatención a la Historia y aquella sorda melancolía que vive aquende el mero concepto de la esperanza», y que para el inquieto observador «son algo verdaderamente inorgánico». Gilberto Freyre cita a Bates que notó en los indios del norte del Brasil «a constitutional dislike to the heat», y a Wallace que encuentra al indio «taciturno y

tardo» en comparación con el negro alegre, vivo, locuaz; y a Mc. Dougall que considera al negro como un extravertido y al indio como un introvertido. Las poblaciones indígenas del noroeste brasileño, observa Freyre, son «melancólicas, calladas, disimuladas y hasta sombrías». También apunta Freyre con Pitt Rivers el contraste de las danzas de los negros con las de los indios, «espontaneidad de emoción manifestada en grandes efectos de masas» en las primeras, «rigidez de ritual» en las de estos últimos, «danzas casi meramente dramáticas» (11).

Es corriente explicar este apatismo y sometimiento de los pueblos indígenas como un resultado de los tres siglos del llamado coloniaje español. Esta interpretación no es más que una consecuencia del falso concepto romántico de la Historia, y supone que los indios eran libres antes de la llegada de los españoles, y que después de luchar inútilmente en defensa de su libertad, fueron vencidos y sometidos a esclavitud por sus crueles conquistadores.

La realidad histórica es otra y bien distinta, sin embargo. Antes de llegar los españoles los indios estaban sometidos a una esclavitud mil veces peor que la que pudieron sufrir después bajo el dominio de España. Tanto los emperadores Incas como los Aztecas ejercían sobre los pueblos vecinos, y aun sobre su propio pueblo, una sangrienta y bárbara tiranía. Si Hernán Cortés pudo acabar con el Imperio de Moctezuma fué porque encontró en los pueblos que lo rodeaban los más numerosos y decididos aliados, que deseaban sacudirse a toda costa el yugo de la horrenda esclavitud en que los tenían sumidos sus buenos vecinos los aztecas.

Como he señalado en mi *Sociología de la Política Hispanoamericana*, el indio, debido a su fatalismo religioso, padecía una verdadera ignorancia de la libertad humana en su esencialidad espiritual como raíz de la personalidad. La esclavitud tenía así un carácter de secuestro físico y corporal sin ninguna consecuencia de orden propiamente moral. El indio tenía una conciencia instintiva de la libertad, pero no una conciencia moral de la libertad; de manera que la libertad moral no estaba en juego en la mentalidad indígena al ser forzado el indio a cambiar su sistema político y religioso por el que le impusieron los conquistadores españoles.

La colonización española elevó al indio a un nivel superior de vida y de cultura, porque le dió una religión de libertad y le re-

(11) GILBERTO FREYRE: *Casa grande y Senzala*.

conoció un estado jurídico, no sólo igual al del español, sino hasta privilegiado en muchos aspectos. Y esto es tan cierto que después de la independencia los indios solicitaron, y obtuvieron de Bolívar, que se les restituyera al antiguo régimen del *tributo* español, porque les resultaba menos gravosos que los impuestos y gabelas establecidos por la República. Los pueblos indígenas fueron organizados con los mismos fueros municipales de las ciudades españolas y tuvieron sus propios alcaldes indígenas. Que estos derechos no fueron mera teoría lo demuestran las muchas peticiones de los indios que fueron atendidas por los Reyes. En el siglo XVII los habitantes del pueblo indígena de Subtiava (Nicaragua), descontentos de pertenecer a la jurisdicción de León, se dirigen al Rey pidiéndole que los independice de ella. El Rey los oye y crea en Subtiava una nueva jurisdicción con gobierno autónomo. «Lo que hoy lleva el nombre de conciencia cívica —comenta el historiador nicaragüense Luis Alberto Cabrales— en esa época tal vez no tenía nombre ni objetivo, pero se encontraba fuertemente arraigada en los indios y mestizos».

«Como corolario del fatalismo es digno de notarse —escribe Bunge— la tristeza de los indios americanos».

La tristeza es un rasgo indígena tan característico que se ha convertido en tema impresindible cuando se habla del indio, de su alma, de su música, de su poesía. Keyserling habla de la tristeza suramericana como rasgo esencial de nuestros pueblos y como valor cultura, y Ortega y Gasset la señala como carácter dominante en la música argentina. Esta tristeza proviene de la sumisión a las fuerzas misteriosas de la naturaleza, de las sombras que nublan el alma del indio bajo el peso de sus divinidades y tiránicas y vengadoras y de sus aterradoras teogonías. Aun en el indio cristiano persiste esa inadaptación y ese temor a la naturaleza. Y es que la naturaleza americana es tremenda, subyugadora, invencible para el hombre que no tiene la cultura y los medios de civilización con que imponer su imperio humano. El indio de nuestra América que permanece aún en el más duro estado de miseria espiritual y material se encuentra indefenso frente a esta naturaleza agresiva y aplastante. El misterio de la selva sigue pesando sobre su espíritu. El indio sigue siendo un infante de la civilización, torturado por temores supersticiosos, acosado por los instintos primarios que el hombre civilizado ha logrado someter a su razón.

La *venganza*, el otro rasgo característico señalado por Bunge,

es también un resabio de primitivismo, «es una forma del instinto conservador de la especie —afirma dicho autor—, forma que toma caracteres violentos en todos los pueblos primitivos de vida azarosa y precaria».

No hay nada más tremendo que el odio del indio, porque un oscuro sentimiento de venganza se mueve tras él y lo vuelve feroz, tenaz e implacable. No se puede esperar que desaparezca con el tiempo. A través de los años el odio perdurará con el sentimiento de venganza que lo anima, y cuando esta venganza llegue será terrible y espantosa.

El Dr. Encinas observa que «los ensayos de psicología experimental constatan que el indio es un tipo lento, y por consecuencia la mayor parte de sus delitos acusan pasionalidad y no impulsividad, y la pasionalidad gira alrededor de aquellos estados afectivos que acumulando gran dosis de odio, de venganza, de crueldad, caracterizan los delitos del indio criminal» (12).

«En términos amplios y esquemáticos —explica Bunge— diríase que el indígena de América es, o exageradamente fatalista, o exageradamente vengativo. Tenemos, pues, que el alma del hombre americano podría representarse por una esfera que se ensancha entre dos polos extremos, el Fatalismo y la Venganza, condiciones que, si bien son generales y humanas, presentan en él ya una, ya otra, tal tensión, que impugnan, dominan o absorben todas las demás tendencias de su psicología».

La observación particularizada de cada uno de los diferentes grupos étnicos indígenas hace resaltar estos caracteres sintéticos.

El historiador boliviano Alcides Arguedas, refiriéndose al indio *aymará* del altiplano de su patria, lo describe como «duro, rencoroso, egoísta, cruel y vengativo y desconfiado». Tiene «una concepción siniestramente pesimista de la vida», y para él «no existe sino el dolor y la lucha». «Sojuzgado por diferentes creencias contradictorias, enteramente sometido al influjo material y moral de sus yatisis, de los curas, patronos y funcionarios públicos, su alma es depósito de rencores acumulados de muy atrás...»

«Hoy día, ignorante, degradado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía. Cuando dicha explotación en su forma agresiva y brutal llega al colmo y los sufri-

(12) Citado por el Dr. PÍO JARAMILLO ALVARADO en su obra *El Indio ecuatoriano*.

mientos se extreman hasta el punto de que padecer más sale de los límites de la humana abnegación. entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de conservación, y, oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz. Autoridad, patrón, poder, cura, nada existe para él. La idea de la represalia apenas si le atemoriza y obra igual que el tigre de feria escapado de la jaula. Después cuando ha experimentado ampliamente la voluptuosidad de la venganza, que vengan soldados, curas, jueces, y que también maten y roben, ¡no importa!» (13).

González Suárez en su *Historia General de la República del Ecuador* cuenta las crueldades cometidas en las diversas sublevaciones de los indios, los de Patate en 1770, los de Guano en 1776, al año siguiente los de Cotacachi, Otavalo, Caranqui y Atuntaqui. «El levantamiento de los de Guamote en 1799 —dice este historiador— fué espantoso». «El aborrecimiento que los indios tenían a los blancos y su odio concentrado a la raza dominadora estallaban al punto que se presentaba la ocasión oportuna, y entonces en sus levantamientos y sublevaciones ejercían actos de crueldad que horripilan».

El Dr. Manuel Gamio, Jefe del Departamento demográfico del Ministerio de Gobernación de México, refiriéndose a la población indígena de su patria, señala a su vez esas mismas taras psicológicas como factores básicos del atraso del indio: «La inferioridad que presentan los elementos de cultura material e intelectual en los grupos rurales y en los aborígenes de las regiones aisladas, es debida a que los procesos mentales que originan esos elementos han evolucionado poco en el campesino y casi nada en el indio; ambos piensan de manera bien distinta de como lo hacen las clases urbanas cultas, cuya vida —como ya se expuso antes— está regida por principios científicos. La más grande dificultad con que tropieza la obra de salubridad en tal medio es la actitud fatalista de los habitantes ante las enfermedades y la muerte, pues creen supersticiosa y firmemente que siendo ésta y aquéllas la expresión de cólera, venganza y castigo de entidades sobrenaturales, es inútil acudir a otra defensa que no sea la de contentarlas para tenerlas gratas».

«Se hace, por lo tanto, necesario —agrega el Dr. Gamio— no

(13) ALCIDE ARGUEDAS: *El pueblo enfermo*. Pág. 55.

sólo sustituir los anacrónicos elementos culturales aborígenes y campesinos por otros más modernos y eficaces, sino que hay que procurar su reorientación psicológica» (14).

Estos rasgos o caracteres psicológicos determinantes de la inferioridad social y cultural del indio son, desde luego, no sólo fruto de una herencia genética, sino, como dijimos atrás, producto de la influencia de factores mesológicos. Freyre da una gran importancia al clima y a la naturaleza. Por otra parte no debe negarse la influencia del impacto psicológico de su situación de pueblo sometido y explotado económica y políticamente, pero debemos ver este sometimiento y esta explotación no como una causa en sí, sino más bien como un efecto producido conjuntamente con los caracteres psicológicos reseñados, por una causa superior, efectos ambos que se convirtieron a su vez en causa mutua, pues si el impacto de la explotación social agravó en el indio los caracteres psicológicos de inferioridad, es indudable que la existencia de estos caracteres provocó y agravó a su vez dicha explotación. En realidad la explotación social del indio y su inferiorización psicológica fueron el resultado de la ruptura por el mestizaje del proceso de evolución de la cultura autóctona del indio, ruptura por demás inevitable, como señalamos atrás, y beneficiosa, en la medida en que es inevitable y beneficioso el fenómeno del mestizaje en la evolución de la Humanidad.

Aunque aquí estudiamos los factores étnicos de la anarquía hispanoamericana, es decir, los caracteres negativos que se oponen a la definitiva solución social y humana de nuestro mestizaje, sin embargo no está de más señalar, aunque sea brevemente, los caracteres étnicos que podríamos considerar como positivos en este mestizaje, sobre todo en el indio, que es el elemento más problemático y discutido del mismo.

Aunque Gilberto Freyre señala en el indio un poder y una voluntad casi impenetrables de resistencia a la civilización occidental, creemos que su observación es, en cierto modo, superficial, pues esta resistencia del indio existe en la medida en que el mestizaje cultural no se realiza, en la medida en que en vez de buscar el acoplamiento de las culturas occidental e indígena se trata simplemente de imponer al indio determinadas formas de la cultura occi-

(14) Dr. MANUEL GAMIO: *Algunas consideraciones sobre la salubridad y la demografía en Méjico*. Méjico, 1939.

dental (europea o norteamericana) incompatibles con su propia experiencia o tradición cultural autóctona.

Desde luego, como señalé en mi *Sociología de la Política Hispanoamericana*, esta ha sido la causa de que se interrumpiera en cierto modo el proceso de mestización hispanoamericana. El acoplamiento de la cultura cristiana traída por los españoles con las culturas indígenas se realizó sin dificultades durante los primeros siglos del Imperio Español, y de ello son muestra notable el barroco americano, la artesanía hispana adoptada por los indios, las comunidades y el municipio indígenas, etc. Asimismo el mestizaje sanguíneo se realizó en gran escala.

La resistencia del indio es mucha mayor ahora frente la civilización y a la técnica modernas y a las formas políticas del Estado moderno. El mestizaje sanguíneo se ha interrumpido en forma casi absoluta debido al abismo cultural que se ha abierto entre las masas indígenas y el resto de la población hispanoamericana, abismo que no existía entre los indígenas y españoles de la época de la conquista y colonización. Por otro lado, en la estratificación social, el mestizo, que era clase puente o intermedia entre el indio, base de la pirámide social, y el blanco, cúspide de la misma, ha dejado de serlo. ¿Por qué causas? Indudablemente la Era republicana produjo en Hispanoamérica el encumbramiento del mestizo, su advenimiento al primer plano de la cultura, de la política, de la economía y de la jerarquía social en general. Y este mestizo encumbrado así, rápidamente ha sido el peor enemigo del indio. La raza como complejo social existe todavía en nuestras sociedades hispanoamericanas, y este complejo de inferioridad se manifiesta en el mestizo por un oscuro presentimiento hacia su propia sangre indígena, a la que trata de desconocer demostrando desprecio y odio hacia el indio.

He aquí, pues, otra de las razones fundamentales del aislamiento de las poblaciones indígenas en muchas de nuestras naciones hispanoamericanas, y de su resistencia actual a incorporarse definitivamente a la civilización occidental mediante el mestizaje sanguíneo y cultural, a pesar de que en el indio existen valores humanos y virtudes sociales que dan a nuestro mestizaje hispanoamericano un indiscutible impulso de superación étnica y cultural que, como he señalado en mi libro *Originalidad de Hispanoamérica*, constituye esperanza cierta de salvación para el hombre y para la cultura de Occidente en su dolorosa crisis actual.

El Dr. Angel Modesto Paredes, en su obra citada, encuentra en el indio, como valores humanos y sociales positivos, «un arraigado amor al suelo», «un vigoroso afecto familiar», «firmísima emoción de grupo».

En mis obras atrás citadas he señalado el propio primitivismo indígena en cuanto vinculación directa del hombre con el todo, con la naturaleza, como un valor positivo de saludable influencia en la cultura occidental a la que el racionalismo europeo ha deshumanizado y desnaturalizado. También he señalado el sentido comunalista del indio como valor social y político que se acopla al individualismo hispánico en nuestro mestizaje cultural para producir, tal vez, un nuevo tipo de organización social y nuevas formas políticas superadores del individualismo capitalista y del estatismo socialista, en cuyo dilema o círculo trágico ha encerrado a la Humanidad la dialéctica de la Historia Moderna.

Es necesario insistir en un verdadero mestizaje cultural y descartar como antipedagógica y antihistórica la imposición de la técnica y de la civilización modernas a las poblaciones indígenas.

Es falso que en iguales condiciones históricas (político-sociales) todos los pueblos darían un promedio semejante de tipo cultural. Esta afirmación, aparentemente justa y verdadera, hecha así, sin limitaciones, en forma general, conduce a lamentables equivocaciones, porque la idiosincracia de cada pueblo y su diferente grado de evolución mental exigen diversas condiciones históricas, diversa organización político-social, diversos métodos educativos, para poder obtener el mayor rendimiento intelectual y moral del individuo y de la colectividad. Pretender civilizar al indio colocándolo en las mismas condiciones políticas, jurídicas y sociales en que se encuentra actualmente el hombre occidental, pretender tratar a pueblos infantes de la civilización de la misma manera que a los pueblos ya adultos, copiando para aquéllos las instituciones de éstos, es un disparate sustancial que la más elemental Sociología y Pedagogía rechazan. Sin embargo, este disparate mayúsculo se ha cometido y se sigue cometiendo en Hispanoamérica.

El proceso de evolución mental de un pueblo no es cuestión de unos pocos años. Indudablemente los métodos y medios de la civilización moderna permiten acortar en algunos aspectos este proceso, y el bárbaro actual pasará directamente de la Edad de Piedra a la Edad de Hierro, como ha ocurrido con la tribu de

los *Nambikuaras* del Brasil, que hasta 1907 en que fueron descubiertos usaban todavía hachas de piedra, y tres o cuatro años después todos estaban provistos de instrumentos de hierro modernos. Pero esto que sucede en el aspecto material de la civilización no pasa igualmente en el orden espiritual.

Las observaciones hechas con individuos que han sido sacados de su barbarie y transportados a un centro civilizado donde se han incorporado sin grandes dificultades a la civilización, no son valederas para todo un pueblo. La barbarie colectiva presenta una resistencia incomparablemente mayor que la del individuo aislado. Este encontró ya un medio ambiente propicio que lo rodeó completamente, y por ley humana y biológica tuvo que adaptarse a él para no permanecer aislado, ya que otra cosa sería contrariar la íntima naturaleza social del hombre. Pero tratándose de todo un pueblo el caso es al revés, porque el medio ambiente es opuesto y hay que luchar contra él.

No se puede crear de repente el ambiente civilizado. Es necesaria una gradual transformación del ambiente primitivo, transformación lenta y difícil porque hay que luchar contra una resistencia colectiva.

Pero tampoco puede pretenderse que esa transformación sea radical en cuanto copia y trasunto fiel del ambiente de la civilización del hombre occidental. Es necesario admitir la transformación que el ambiente social del indio, con su psicología y su cultura propias, operará sobre los valores y técnicas de la civilización occidental, y acaso pedagógicamente sea necesario elaborar de previo en parte esa transformación mediante un estudio experimental de la psicología del grupo indígena y de su ambiente físico y espiritual.

Son interesantes a este respecto los datos y conclusiones del profesor Emilio Willens de la Universidad de Sao Paulo sobre la escuela de alfabetización en las culturas indígenas de América (15). Expone Willens, con base en un estudio de Robert Redfield, que en las aldeas indígenas de la meseta de Guatemala, «el arte de leer y escribir no tiene función a no ser en determinadas ceremonias religiosas y en los pocos contactos con las autoridades estatales». Sobre las experiencias realizadas entre las poblaciones

(15) EMILIO WILLENS: *El problema rural brasileño desde el punto de vista antropológico*. Jornadas, núm. 33. El Colegio de Méjico, 1945.

indígenas de los Estados Unidos, el antropólogo Henry Elkin observa lo siguiente: «Difícilmente consigue la escuela desarrollarles su interés. La mayor parte de lo que se les enseña no casa con su experiencia social y escapa a su comprensión desde el comienzo o es aprendido de memoria y luego olvidado. Al fin llegan a aprender poco más que a leer, escribir y hablar el inglés más sencillo que después emplean solamente en su contacto directo con los blancos. Cuando abandonan la escuela también dejan de leer». También cita Willes al Dr. Lucio Mendieta Núñez que en su *Ensayo sociológico sobre los tarascos* expone: «la familia y la comunidad destruyen la acción de la escuela sobre aquellos niños indígenas que la frecuentan, porque la escuela corresponde a una cultura diversa, la cultura moderna, y entre la escuela y la familia y la comunidad no existe esa especie de continuidad, no existe el lazo que une familia, comunidad y escuela en las sociedades de la misma cultura. La escuela oficial, en la región de los tarascos, enseña con palabras la cultura moderna a los niños indígenas, pero éstos, al volver a sus lares olvidanse de las palabras ante la presión convincente de los hechos, ante el ejemplo de aquellos que les merecen respeto y cariño».

Y el propio Willens agrega por su cuenta: «Estos hechos demuestran que el hábito de la lectura depende de las necesidades creadas por la cultura y no por la escuela...» «La escuela de alfabetización representa, en las culturas semiprimitivas, un cuerpo extraño, una inutilidad, o sufre un cambio de función llegando a ejercer influencias diametralmente opuestas a aquellas que el civilizador urbano tuvo presentes cuando las trasplantó al medio de las comunidades indígenas.»

Esto quiere decir que el indio sólo puede ser elevado social y culturalmente mediante un hábil injerto de la cultura occidental en su propia cultura autóctona para operar la transformación de ésta. Fué la obra que emprendieron los misioneros españoles, que introdujeron entre los indios no sólo los principios cristianos, sino nuevos valores económicos y culturales sin violentar su idiosincrasia étnica, sino encauzando la vocación y la facultad creadora del indígena en las necesidades espirituales, económicas y artísticas de la cultura hispánica, y poniendo las propias artes y técnicas indígenas al servicio de los principios morales y políticos de la sociedad cristiana.

Desde luego, el injerto occidental en la cepa cultural indígena

no puede producir otra cosa que un fruto nuevo y distinto de ambas culturas originales, o sea una cultura mestiza.

Sin embargo, una cosa es aceptar este mestizaje reconociendo la subsistencia y fecundidad de muchos de los valores culturales indígenas, y otra cosa es negar el estado de primitivismo, de barbarie o semibarbarie en que se encontraban los indios a la llegada de los españoles, y en que todavía se encuentran grandes grupos de ellos, que constituyen un elemento considerable en la población de Hispanoamérica.

Es absurdo ese exagerado respeto hacia el hombre primitivo a que son dados ciertos antropólogos filosofantes.

Sucede a estos científicos que se enamoran del objeto de su estudio y se enferman de romanticismo naturalista. Estableciendo comparaciones simplistas entre el hombre primitivo y el civilizado, llegan a concluir que aquél es más humano y más lógico que éste. Por el mismo proceso, algunos naturalistas, después de estudiar la vida de las abejas y de las hormigas, han llegado a exponer sus dudas sobre si estos animalitos no son en realidad más sabios e inteligentes que los hombres.

El profesor Lipschutz, en su por otra parte valiosísima obra ya citada, se deja llevar por esta tendencia de romanticismo científico. «A muchos entre nosotros —escribe— repugnan ciertas formas sociales y morales de la cultura indígena centro y sudamericana, como los sacrificios humanos, las divisiones jerárquicas muy pronunciadas, las servidumbres tal vez en muchos casos. Sin embargo no debemos olvidarnos que se sacrificaba simultáneamente también en España, y no sólo a corderos, sino auténticos seres humanos, aunque herejes, moros y judíos.»

Este argumento sirve para demostrar la relatividad de la noción de salvaje, o sea que el europeo tiene tanto derecho a llamar salvaje al indio como éste al europeo.

Otro argumento curioso lo da Malinoski, citado por el mismo Lipschutz. Se trata de un inteligente y simpático caníbal que se asombraba de que los europeos pudieran consumir tanta carne como muertos había en la guerra que se desarrollaba en aquel momento. Y su asombro llegó al colmo cuando Malinoski, indignado, negó que los europeos se comieran a los muertos, pues entonces el buen caníbal preguntó escandalizado: «¿Qué clase de bárbaros son los europeos que se dedican a matar por matar, sin objeto alguno?». Y aquí el asombro del caníbal se queda pequeño ante el asombro

de Malinoski: ¿Quiénes son más salvajes, los europeos o los caníbales? A Malinoski le dan ganas de hacerse caníbal.

Este afán romántico de sublimar al hombre primitivo hasta colocarlo por encima del civilizado encierra un verdadero peligro para la propia obra de civilización del indio, porque por este camino la única conclusión lógica será la de que el indio es tan civilizado o más que el blanco, y entonces, ¿para qué empeñarse en sacarlo de su estado actual?

Y a esta conclusión han llegado ciertos grupos de los llamados *indigenistas* o *indoamericanistas*, tanto en el orden político como en el orden social y cultural, y tratan de resucitar las antiguas lenguas, mitos y costumbres indígenas, rechazando como extranjeros los valores culturales hispánicos, cuya negación implica la negación de las raíces mismas de la civilización occidental que España arraigara en nuestro Continente, y en la cual y por la cual se forjaron nuestras nacionalidades y nacieron nuestros pueblos a la Historia y a la Libertad.

En este afán racista de revivir los atavismos indígenas han llegado a ridiculeces lamentables, como la de los indigenistas brasileños al publicar una revista bajo el sugestivo nombre de *Antropofagia*.

Sin desconocer los valores espirituales y materiales que la humanidad y la cultura del indio pueden aportar al proceso de mestización en la formación de un nuevo tipo humano y de un nuevo tipo de cultura en Hispanoamérica, debemos considerar la existencia en nuestras poblaciones indígenas de caracteres psicológicos de inferioridad y cultural que retrasan ese proceso de mestización y constituyen factores étnicos del fenómeno de la anarquía social hispanoamericana.

5. EL SÍNDROME RACIAL DEL NEGRO

Veinte millones de negros fueron traídos a América para servir como esclavos. En nuestros pueblos, a diferencia de EE. UU., esta población africana se mezcló con la población criolla e indígena.

Según Barón Castro, en la obra atrás citada, para la época de la Independencia (1821-1825) los negros representaban el 18 por

100 de la población de Hispanoamérica. los blancos el 19 por 100, los indios el 36 por 100 y los mestizos el 27 por 100.

Los índices demográficos son interesantes para destacar la importancia del negro en el mestizaje étnico y cultural hispanoamericano. Para 1850 Cuba tenía un 58 por 100 de negros y mulatos, y un 42 por 100 de blancos; y Puerto Rico 46 por 100 de negros y mulatos, y 54 por 100 de blancos. En 1940 la inmigración blanca ha hecho variar estas proporciones, y el porcentaje de negros y mulatos en Cuba es de 27 por 100 frente a un 73 por 100 de blancos, y en Puerto Rico de 23,5 por 100 frente a 76,5 por 100 de población blanca. Para esa misma época los porcentajes en Santo Domingo son los siguientes: mulatos, 77,4 por 100; negros, 10,9 por 100, y blancos, 11,7 por 100. En Panamá la población negra proviene de las Antillas con motivo de la construcción del Canal. De 1907 a 1934 llegan 31.071 trabajadores negros de las Antillas. Los porcentajes de población son: 15 por 100 de blancos, 9 por 100 de negros y 71,2 por 100 de mulatos; el resto, 4,8 por 100 de chinos, indios y otras razas (16).

Aparte de las señaladas hay en Hispanoamérica otras áreas con población negra y mulata, como son la Costa Atlántica de Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Venezuela y Colombia, y también algunas regiones del Pacífico en Perú y Ecuador. En Buenos Aires existió también influencia negra por los esclavos importados, influencia que todavía se conserva en el folklore musical.

Según Pedro M. Arcaya, a comienzo del siglo XIX había en Venezuela un millón de habitantes, de los cuales 72.000 eran esclavos negros, 400.000 pardos o mulatos, 120.000 indios puros y el resto mestizos y blancos (17).

En Argentina, Ayarragaray señala para su patria a fines del siglo XVIII una población de 300.000 habitantes, de los cuales, 30.000 eran negros y mulatos (18).

Indudablemente, el negro tiene una participación vital en el complejo étnico y cultural hispanoamericano. Su introducción en

(16) Todos estos datos son tomados del ensayo de RODOLFO BARÓN CASTRO sobre «La Población hispanoamericana» publicado en la obra *Estudios Demográficos*, Instituto Balmes de Sociología, Madrid, 1945.

(17) PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de Sociología venezolana*.

(18) LUCAS AYARRAGARAY: *La Anarquía argentina y el Caudillismo*. Estudio psicológico de los orígenes nacionales hasta el año XXIX. Buenos Aires, 1904.

nuestra América se debió a Fray Bartolomé de Las Casas, quien para librar a los indios de los duros trabajos de la esclavitud abogó por la importación de esclavos negros que los reemplazaran.

Evidentemente, Fray Bartolomé de las Casas no fué consecuente con sus teorías y doctrinas al admitir la esclavitud del negro, pero su observación fué correcta en cuanto a la superior capacidad de aclimatación y de resistencia biológica del negro en los trópicos con respecto al indio.

En su conocida obra *Casa Grande y Senzala*, Gilbertor Freyre, señala en el negro «su predisposición, diríamos biológica y psíquica, para la vida en los trópicos. Su mayor fertilidad está en las regiones cálidas. Su afición al sol. Su herejía fresca y nueva cuando se pone en contacto con la selva tropical. Gusto y energía que Bates fué el primero en contrastar con el fácil desaliento del indio y del caboclo bajo el fuerte sol del norte del Brasil». Freyre cita a Mc. Dougall para quien esta adaptación del negro a los trópicos es una cuestión de constitución psicológica, y al Profesor L. W. Lyde y a Osorio de Almeida que afirman que dicha adaptación es fundamentalmente cuestión fisiológica, pues «la piel negra los protege contra los rayos actínicos, pero que presentaría el grave inconveniente de supercalentarse al sol si no fuese aquel mecanismo de defensa completado por otro general, como es el de poseer una gran capacidad de transpiración que corrige la tendencia al supercalentamiento de la superficie cutánea».

Es un hecho que se desprende de los índices demográficos de las Antillas que atrás citamos, y lo corrobora Freyre con respecto al Brasil, que en estos países, donde fué mayor la importación de negros, esta raza acabó predominando en el mestizaje étnico y cultural sobre la población indígena. Y aun en otras áreas menos pobladas de negros, como la costa atlántica de Nicaragua y Honduras, este predominio del negro y del mulato sobre el indio es palpable e indiscutible.

La fuerza biológica de la raza negra hace que su influencia social y cultural sea muy importante, y que los caracteres psicológicos y antropológicos aportados por ella al mestizaje étnico y cultural de la población hispanoamericana, tengan vigor inusitado, máxime que a esa fuerza biológica se une la fuerza psicológica de su carácter abierto y comunicativo.

Atrás señalamos, cómo a diferencia del indio que es introvertido, el negro puede clasificarse como extravertido, lo que le da

mayor capacidad de influencia social y cultural, mayor capacidad de expansión y de contagio.

Evidentemente, la introducción del negro en el panorama étnico de Hispanoamérica con esa su fuerza biológica y capacidad de expansión vino a perturbar y a trastornar el proceso de mestización.

¿Cuáles son esos caracteres psicológicos y culturales que el negro aporta a nuestro mestizaje hispanoamericano y que influyen y revolucionan el proceso del mismo, esto es, complican la evolución social de Hispanoamérica y contribuyen así a lo que hemos llamado la anarquía hispanoamericana?

Bunge, en su obra citada, señala como caracteres psíquicos del negro el *servilismo* y la *infatuación*.

Es necesario señalar de previo que el negro que interviene en la población y mestización de Hispanoamérica es el esclavo, con lo cual queremos indicar que algunos de estos caracteres depresivos no son caracteres racialmente originarios, sino caracteres adquiridos a través de la esclavitud y que luego han pasado a ser hereditarios. Por eso, cuando Bunge habla de servilismo del negro evidentemente tenemos que pensar en la esclavitud como determinante de este carácter, pero al mismo tiempo es evidente que a la esclavitud se unió, para determinar este carácter, la extraversion propia de la psicología de la raza negra, pues frente a la esclavitud como hecho individual y social el introvertido tiene más capacidad de resistencia espiritual por las reservas de intimidad y dignidad personal, que el extravertido, carente de estas reservas, y cuya dignidad personal se funda en la relación social y desaparece de la persona cuando es eliminada de la relación social, que es, precisamente, el caso de la esclavitud. Y la auténtica dignidad personal perdida es sustituida en el negro esclavo o descendiente de esclavos por una falsa dignidad, por una caricatura de dignidad, recurso para ocultar el complejo de inferioridad inherente a aquella pérdida, y es lo que Bunge llama, observándola sin explicarla, *infatuación*.

Esta infatuación consiste en apropiarse dignidades ajenas. De aquí el gusto de los negros por los uniformes vistosos y su costumbre de hacerse llamar con el nombre y apellido del amo o de algún hombre famoso: Napoleón, Washington, Bolívar, etc. En Hispanoamérica no es raro el caso de apellidos extinguidos en

su rama auténtica española, pero que se conservan en los descendientes de esclavos que los adoptaron de sus amos.

Hay que observar desde luego que estos rasgos o caracteres se señalan en el negro como generales, pero no quiere decir que todo lo que en Hispanoamérica hay de servilismo y de infatuación tengamos que cargárselo a la cuenta de la raza negra y de su influencia étnica y cultural. Respecto al servilismo recordemos aquí la observación de Vasconcelos sobre los mejicanos: «El código no escrito de las reverencias aztecas no tiene igual en la literatura del servilismo. Al llegar ante Moctezuma el visitante hacía una primera reverencia y pronunciaba: «Señor». Avanzaba unos pasos y a la segunda reverencia decía: «Gran Señor». Hacía otra tercera reverencia y tenía que hablar en voz baja con la cabeza inclinada. En igual forma llegaba cada indio ante cada uno de los que ejercían autoridad. Los bocativos usados en el trato con los superiores era toda una gradación de la más baja y cautelosa servidumbre. A tal punto que todavía nos queda en el carácter de los mejicanos esa subconsciente abyección que hace no se pueda hablar en la prensa de un funcionario sin anteponerle el «Señor», «Señor Presidente», «Señor Gobernador», «Señor General», hasta «Señor Gendarme», decimos en Méjico —me observaba en una ocasión, con sarcasmo doloroso, el historiador Pereyra» (20).

Algo semejante ocurre con la lubricidad y el desorden y degradación sexuales achacados a los negros.

Freyre señala que «se ha comprobado entre los pueblos negros del Africa, como entre los primitivos en general, una mayor moderación del apetito sexual que entre los europeos. El de los negros africanos es un sexualismo que, para excitarse, requiere estímulos picantes: danzas afrodisíacas, culto fálico, orgías. En el civilizado, mientras tanto, el apetito sexual se excita de ordinario sin mayores provocaciones, sin esfuerzo», y cita a Havelock Ellis, que coloca a la negra entre las mujeres más bien frías que fogosas, «indiferente a los refinamientos del amor», y, como Ploss, pone de relieve el hecho de que los órganos sexuales entre los pueblos primitivos son, muchas veces, poco desarrollados.

En otra parte de su obra Freyre señala que las danzas eróticas han sido menos frecuentes entre los amerindios que entre los africanos. «lo que nos lleva a la conclusión de que en aquéllos,

(20) VASCONCELOS: *Breve historia de Méjico*. Pág. 198.

la sexualidad necesita de menos estímulo». A pesar de esto, Freyre encuentra «relativa flaqueza del impulso sexual en el salvaje americano», a pesar de que hay muchos testimonios en contrario. Algunos como los que hacen referencia al incesto y promiscuidad sexual, los refuta Freyre explicando que para los indios el parentesco venía únicamente de los padres y no de las madres. Pero hay hechos irrefutables como la activa poligamia de los jívaros, observada por el Padre Lorenzo Lucerox en 1683. No hay que olvidar que en gran parte la flaqueza sexual observada en el indio no era sino el «negarse a los deberes de la reproducción» que Rosenblat señala, de modo que en las reducciones de los jesuitas en el Paraguay se daba un toque de campana para que los maridos acudieran a cumplir con sus deberes conyugales. Y esto no era sino una forma de resistencia pasiva a la conquista, en parte voluntaria y en parte también instintiva. No hay que descartar, además, la influencia de las nuevas costumbres impuestas a los indios por los españoles: monogamia forzada, trajes, etc., como presiones inhibitorias sobre su instinto sexual.

Sin embargo, en lo que todos están de acuerdo, incluso Freyre, es en la lubricidad de la india con respecto a los blancos.

«Según la índole general de las mujeres que les gusta más lo ajeno que lo suyo, éstas aman más a los cristianos», dice Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, y lo mismo afirma Pedro de Sieza respecto a las indias del Perú, y Fernández de Oviedo de las de La Española.» Y en la *Primera navegación de Américo Vespucci* se lee: «Son poco celosos, pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios para satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor» (Navarrete, *Colección de Viajes*).

Y como el mestizaje hispanoamericano se realizó fundamentalmente por la unión de españoles con indias, evidentemente la lubricidad y el desorden sexual es carácter étnico que en gran parte debemos achacar al elemento indígena, lo cual no es óbice para admitir que en el blanco conquistador la lubricidad tuvo indudablemente un gran desarrollo en el medio ambiente americano, constituyendo también en él un carácter que transmitiría a su descendiente mestizo y un hecho social de influencia decisiva en la conformación del carácter étnico hispanoamericano.

Sin embargo, y a pesar de admitir con Freyre la morigeración sexual de la raza negra, es evidente que al autor brasileño se le

escapa que de ese carácter de morigeración se deriva, en cierto modo, la influencia lubricitante del negro, no hereditaria ni biológicamente, pero sí socialmente, pues las danzas afrodisíacas necesarias para su excitación sexual y lo que Freyre llama con Crawley «su temperamento expansivo y el carácter orgiástico de sus fiestas» constituyeron excitantes para el blanco y para la india, que no los necesitaban, y contribuyeron así en forma poderosa al desorden sexual y a la lubricidad desatada en la población hispanoamericana, como sigue contribuyendo actualmente la música negra en todo el mundo a provocar ese mismo desorden y lubricidad.

Al desorden sexual introducido biológicamente en el mestizaje por la lubricidad desatada de la india y del blanco, se suma la poderosa influencia lubricitante de las danzas y fiestas orgiásticas del negro, y por ello y por ser la influencia ambiental más fuerte que la genética, es necesario considerar la influencia de la raza negra como nefasta en el sentido del desorden sexual, factor importante en el desorden social general que hemos llamado anarquía hispanoamericana.

Si los caracteres bárbaros del indio representan, por su psicología de introvertido, un tipo de barbarie de *resistencia* a la civilización, los del negro, con su psicología de extravertido, representa un tipo de barbarie *expansiva*, a la que como tal es necesario conceder una influencia social y ambiental comparativamente mayor que la ejercida por la barbarie del indio.

6. RASGOS PSICOBIONÓMICOS DEL ESPAÑOL DE AMÉRICA

Todos los autores convienen en la unidad antropológica del pueblo español, por lo cual debe estudiarse al español de América como un solo tipo sin tomar en cuenta las diferencias de origen regional que no son bastantes para establecer distintos tipos humanos a base de ellas.

En mi *Sociología de la Política Hispanoamericana*, con referencia a la mentalidad política del hidalgo español que realizó la conquista y población de América, señalo, como caracteres propios del mismo, los siguientes: sobriedad, sentido individualista del honor y de la dignidad, bipolaridad místico-realista, telurismo y universalismo.

Havelock Ellis señala en el español «una aptitud de energía heroica, de exaltación espiritual, dirigida no al lucro, sino a la realización de los hechos más fundamentales de la existencia humana». Para el mejicano Manuel Orozco y Berra los conquistadores españoles eran «leales, valientes, esforzados, confiados y arrogantes, crueles, rapaces y pródigos, turbulentos, reacios a la disciplina» es decir, una mezcla del héroe y del pícaro que son los dos tipos símbolos exaltados por la literatura española: el Cid y don Juan Tenorio, don Quijote y el Lazarillo de Tormes.

Indudablemente, este tipo del español de la conquista y colonización americanas al mismo tiempo que era el único tipo humano capaz de enseñorearse del inmenso y tremendo continente americano, de explorarlo y dominarlo, llevaba en su sangre, para traspasarlo en el mestizaje, poderosos gérmenes de disolución social, que si en la propia España habían sido históricamente domados por la disciplina teológico-política del Estado centralista creado por los Reyes Católicos, aquí en América encontrarían ancho campo para desarrollarse, sin que el control estatal pudiera alcanzarlos fácilmente, ya que si en el mismo español trasplantado directamente de la Península la lealtad a la monarquía se enfriaba con la distancia, en el español nacido ya en América el relajamiento del vínculo con aquélla debía darse necesariamente, y en el mestizo tal relajamiento sería mayor, sobre todo cuando en este último, como veremos adelante, se daban, además, circunstancias de marginación social y política.

Curiosamente al contrario, las circunstancias de explotación social de que era objeto por parte de criollos y mestizos, vincularon al indio a la monarquía, al convertirse ésta en su defensora legal; a la que siempre podían acudir en demanda de justicia, ya sea por sí mismos o por intermedio de los frailes y obispos.

A este debilitamiento del control estatal sobre el español y el criollo, que facilitaba el desarrollo de sus caracteres disociadores y anarquizantes, hay que agregar que en su proceso de adaptación a las nuevas condiciones mesológicas, el español americano sufre ciertas influencias nocivas que introducen un desequilibrio en su personalidad. En el trópico, sobre todo, estos cambios psicofísicos son notables. Willy Hellpach, profesor de la Universidad de Heidelberg, los estudia en su interesantísima obra *Geopsique*, bajo el nombre de *biostenia tropical*.

La biostenia tropical, según Hellpach, se caracteriza por una

«disminución irritante de la vitalidad general de todas las funciones orgánicas y sacudida débil de todo el equilibrio del sistema». «Según las circunstancias y las predisposiciones personales puede ocurrir que el elemento irritación sea el que prepondere en el cuadro sintomatológico de la biostenia. Aparecen además del cansancio, signos chocantes de grave excitación como ataques de cólera, el lianto, los gritos, la furia, incluso violencias contra otros hombres».

Por otro lado, «el calor del suelo produce un acusado estado de placer que puede llegar a convertirse en euforia voluptuosa».

Por una parte irritabilidad, tendencia a la cólera y a la violencia, y por otra pereza y tendencia al fatalismo, son elementos psicológicos propicios al desorden y a la anarquía.

Bunge señala tres caracteres comunes propios de los criollos hispanoamericanos: *pereza*, *tristeza* y *arrogancia*. La pereza y la tristeza son fruto de las influencias bionómicas y de las influencias sociales por la convivencia con la población indígena.

Hasta qué punto y en qué forma esta convivencia influyó en el español americano no es cosa de determinar fácilmente. Atrás hablamos del desorden sexual de las indias y del folklore afrodisíaco del negro, como lubricitantes poderosos sobre el español. Tanto estas influencias sociales, el primitivismo bárbaro de los indios, sus costumbres paganas, como las influencias ambientales de la naturaleza americana contribuirían a carnalizar al español de América, a borrar en gran parte su sentido místico original, al punto de que la propia religión se va diferenciando en América. El catolicismo americano, a diferencia del español, es más terrenal, más naturalista en el sentido original de esta palabra, y de ello es una expresión notable el barroco religioso americano.

Lo que Bunge llama *arrogancia* no es en realidad sino una manifestación del individualismo español. Ese vigoroso individualismo que es a la vez un defecto y una virtud. Una virtud como afirmación del derecho inalienable de libertad y de personalidad humanas. Un defecto como suprema exaltación del individuo por encima de los demás, provocando la lucha del uno contra el uno, que es la anarquía entre todos o la tiranía del más fuerte. Y no es que los pueblos sean manadas de borregos sin personalidad. Al contrario, es que el individualismo, al justificar la suma exaltación de las individualidades, de las personalidades, engendra tiranos, porque el tirano es la más alta realización individualista y

la tiranía la suma de todos los poderes individuales. Por otra parte, el pueblo no está contento con el tirano. Lo tolera porque cada uno le da la razón, porque cada uno aspira a realizar su propio individualismo al extremo, es decir, cada uno tiene vocación de tirano, cada uno aspira a su propia libertad y a su propio despotismo, y por eso es fácil al tirano mantenerlos divididos y gobernar bajo la consigna: *divide et impera*. En nuestras patrias hay conciencia individual de la libertad, pero no hay conciencia social de la misma.

Lo que nuestros pueblos no toleran nunca es la debilidad en el poder, la falta de personalidad del que tiene en sus manos la posibilidad de realizar su individualismo y no lo realiza.

El conquistador trajo, pues, de España su poderoso individualismo hispánico, que al ser trasplantado a tierras de aventura se desarrolló formidablemente, adquiriendo proporciones colosales de inconcebible heroísmo y haciendo así posible la maravillosa gesta de la Conquista. Sólo las geniales individualidades de Cortés, de Pizarro, de Balboa y cada uno de los heroicos capitanes y soldados que formaron el reducido grupo de conquistadores, eran capaces de llevar a cabo la tremenda hazaña de explorar y someter los inmensos territorios del continente americano. Sólo ese vigoroso individualismo hispánico puede explicar que unos cuantos miles de españoles hayan forjado y mantenido aquel inmenso Imperio que abarcaba los más distantes confines de la tierra.

Pero ese mismo individualismo, cuando dejó de actuar en función del ideal hispánico, subordinado a las fuerzas históricas nacionales dentro del Orden Católico y monárquico tradicional, se convirtió en factor de disolución y de discordia.

Los conquistadores habían dado muestras furiosas de rebeldía. Muchas veces su individualismo se exaltó hasta el extremo y se sublevaron aun contra el mismo Rey. Es asombrosa la audacia con que en 1561 Lope de Aguirre se dirige a Felipe II: «Te aviso, rey español —le dice tuteando al monarca— que tus reinos de las Indias tienen necesidad de justicia y de equidad para tantos y tan buenos vasallos como en ellos moran. En cuanto a mí y a mis compañeros, no pudiendo sufrir más las crueldades de tus oidores, virreyes y gobernadores, nos hemos salido de hecho de tu obediencia y nos hemos desnaturalizado de nuestra patria que es España, para hacerte aquí la más cruel guerra que nuestras fuerzas nos

consientan». Y agrega: «En estas tierras damos a tus perdones menos fe que a los libros de Martín Lutero» (21).

El espíritu de fidelidad a la Monarquía, por los ideales nacionales que ella representaba, fué, sin embargo, siempre más fuerte que este indomable individualismo.

Mas cuando la Monarquía deja de representar esos ideales, el mismo individualismo que antes fuera factor de la grandeza de España, se convierte en el más poderoso agente de la disolución de su Imperio. La unidad no puede mantenerse por más tiempo. Ni siquiera pueden conservarla entre ellas las provincias de América independizadas de la Madre Patria, como lo hicieron las colonias inglesas en el Norte. La independencia hispanoamericana no es solamente la separación de España, es un desmoronamiento total, como el desgranarse de una mazorca de pueblos. No es un movimiento de las provincias americanas contra la metrópoli, sino muchos movimientos. No una sola gran independencia, sino muchas pequeñas independencias. Y todavía después de 1821, el proceso de desmoronamiento seguiría dentro de las mismas patrias independientes. Todos quieren ser independientes unos de otros, y en Centro América se llega hasta el ridículo de dividir la ya pequeña patria, recién separada de Méjico, en cinco minúsculas repúblicas.

Y es que la Independencia no fué otra cosa que el estallar del individualismo español, perdida la fuerza centrípeta del ideal hispánico que unificaba aquel inmenso Imperio. Por esto el proceso de la Independencia no terminó con la separación de España. Siguió aquí en América con la separación entre sí de las provincias que formaban el Imperio Mejicano, la Gran Colombia y el antiguo Virreinato del Río de la Plata, y es el mismo proceso que en España alienta aún bajo el separatismo vasco y catalán.

El individualismo español vino a ser así para los pueblos hispanoamericanos un fermento de anarquía, porque en el momento en que se separaron de España, ese individualismo se encontraba descontrolado, fuera de los moldes políticos tradicionales que lo habían encauzado y que fueron destruídos al romperse la continuidad histórica del ideal hispánico.

(21) Cf. S. DE ISPIZUA: *Los vascos en América*. Tomo V.

7. LA PROYECCIÓN EN EL MESTIZAJE

Las posibilidades del mestizaje y sus resultados étnicos y humanos positivos dependen fundamentalmente de las mayores o menores diferencias antropológicas y psicológicas entre las razas. En su interesante estudio sobre el *El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispanoamericana durante la época colonial* («Revista de Indias», núm. 23-24, Madrid, 1946) el profesor Richard Konetzke, con abundancia de citas, trata el problema de la atracción física entre españoles e indios. «Hay que hacer constar —dice Konetzke— que no existía una repugnancia sexual de razas de una manera originaria y general, cuando los descubridores y conquistadores españoles se pusieron en contacto con la población indígena de América». «Los españoles —añade— sentían el tipo físico del hombre indio, en cierto respecto, como heterogéneo, pero las más de las veces no como estéticamente repugnante. En general, su estatura y constitución, así como las facciones, causaban una impresión agradable a los europeos». «La diferencia en la tez no representaba ningún obstáculo para las relaciones entre españoles e indios, y eran también, en parte, poco considerables». Konetzke concluye que «las diferencias de tipo antropológico no significaban, en general, ningún obstáculo esencial para el establecimiento de relaciones sexuales entre españoles e indios», conclusión ésta que corrobora con la de los antropólogos sobre los indios de hoy, citando, entre otros, a Pericot, que afirma que «los americanos son, con los polinesios, los hombres de otras razas de aspecto menos desagradable al europeo».

No puede decirse lo mismo del negro, cuyas diferencias antropológicas con el blanco son notables en cuanto al color de la piel y rasgos fisonómicos y el olor de raza procedente de las transpiración que en el negro es abundante y permanente según vimos atrás. Estas diferencias antropológicas determinan una repugnancia sexual contraria al mestizaje.

Sin embargo, esta repugnancia sexual llega a desaparecer con la convivencia. El trato de niños blancos con esclavas y nodrizas negras llega incluso a determinar una preferencia sexual por la raza negra que acaso tenga su explicación freudiana en el complejo de Edipo del lactante. Freyre expone que «en el Brasil se conocen casos no tan sólo de predilección, sino de exclusivismo: hombres blan-

cos que sólo se sienten atraídos por mujer negra», y cita algunos casos concretos de jóvenes de conocidas familias esclavistas.

Estas observaciones de Freyre respecto a los portugueses las hacen otros viajeros y sociólogos respecto a otros europeos. Gage, refiriéndose a Méjico, escribe: «El atavío de esta clase baja de negras y mulatas es tan ligero y su modo de andar tan encantador, que muchos españoles, aun de la mejor clase, desdeñan a sus mujeres por ellas». Y Lavat, refiriéndose a las Antillas francesas, dice que los mulatos «serían más numerosos sin las penas que se imponen a los que los hacen; pues las negras son muy lascivas de suyo, y los blancos punto menos, y como les es muy fácil satisfacer sus pasiones con estas criaturas, no se verían más que mulatos, de donde podrían surgir muchos desórdenes de no haber hecho frente al peligro nuestro rey condenando a los que se prueba ser sus padres a una multa de mil libras de azúcar». Y el haitiano Anthenor Firmin escribe: «Muchas veces bajo el fuste del amo la pobre gacela negra retorciase, lloraba y pedía misericordia. Entonces emanaba de ella un encanto irresistible para el verdugo, inflamado por el fuego de erotismo crónico, secreto de su irritación, causa latente de castigos inmerecidos aplicados en horas de impulsos e impacencias malsanas. La belleza sollozante le embrujaba, y, nuevo marqués de Sade, estrechaba esa carne dura y estremecida en la locura de sus sentidos desencadenados. El mulato salió de éso.»

Respecto a los ingleses de las Antillas, Moreton habla de la costumbre de los *gentelman* criollos de yacer diariamente antes de la siesta con alguna de sus múltiples favoritas negras o mulatas, y como resultado de esta costumbre haber visto «en una familia chicos blancos, mestizos, cuarterones y mulatos que jugaban juntos».

En cuanto al mestizaje de indio y negro que da por resultado el zambo, debemos observar que más que las diferencias antropológicas son las disparidades psicológicas, unidas a las circunstancias sociales, las que han determinado que el cruzamiento directo sea en extremo escaso. Pareciera que por una instintiva auto-defensa étnica el indio rehuye al negro que, biológica y genéticamente más fuerte, acaba por absorberlo. La introversión propia del indio frente a la extraversión del negro los aparta psicológicamente; mientras que el hecho de que el negro de América era el esclavo y el concepto general de que la piel entre más blanca

era signo de superioridad social y entre de más obscura signo de inferioridad, representaban a su vez una barrera psicológica-social entre el indio libre de piel matizada y el negro oscurecido y esclavizado.

La preferencia de las indias y negras por los blancos era evidentemente otro factor contrario al cruzamiento de las razas indias y negra, y acaso pueda señalarse además como factor importante opuesto a este mestizaje las diferencias de sexualidad, tanto somáticas y fisiológicas como psíquicas, diferencias que ciertamente existen y, que yo sepa, no han sido estudiadas convenientemente.

Por otro lado el régimen de esclavitud del negro lo aislaba, en cierta manera, de los indios. Aun los negros libres, y con mucha mayor razón los esclavos, no podían salir de noche en los pueblos y ciudades, ni podían tener indias a su servicio. Además, estaban excluidos de los establecimientos de enseñanza y la legislación era muy severa en prohibir su comunicación con los indios, y, desde luego, su amancebamiento o matrimonio con éstos.

Pero si el cruzamiento o mestizaje directo de indios y negros fué escaso en América, no puede decirse lo mismo del cruzamiento entre mestizos hispano-indios y mulatos, de modo que es a través de este mestizaje de segundo grado que se realiza la confluencia de las sangres india y negra en las venas étnicas de Hispanoamérica, y que el caudal poderoso de sangre africana entra en la corriente general del mestizaje hispanoamericano.

En cuanto al mestizo hispanoindio, cholo o ladino, que es el elemento fundamental y más numeroso del mestizaje hispanoamericano, debe decirse que es un producto antropológicamente magnífico.

«En América —dice Pérez de Barradas en su obra citada— los estudios antropológicos han demostrado que los mestizos tienen una talla mayor que las razas de origen. También entre ellos la fertilidad es más elevada.» Ya Solórzano Pereira en su *Política Indiana* afirmaba que el mestizo «es la mejor mezcla que hay en Indias».

Esto no obsta para que las circunstancias históricas y sociales del mestizaje hayan acentuado en el mestizo ciertos rasgos o caracteres hereditarios y producido la adquisición de otros, todos los cuales constituyen defectos o deficiencias psíquicas y sociales obstaculizadores de la evolución histórica y del desarrollo cultural.

de nuestros pueblos hispanoamericanos, y que vienen a ser factores étnicos de lo que hemos llamado la anarquía hispanoamericana.

Bunge señala en el mestizo hispanoindio tres caracteres genéricos, de los cuales dos encuentro acertados: a), *inarmónica psicológica*, o sea, una dualidad y desequilibrio de su personalidad que sólo en la madurez encuentra sosiego y equilibrio, y b), *falta de sentido moral*. El tercero, que él llama *semisterilidad degenerativa*, es una consecuencia de su errado concepto del mestizaje como algo contrario a la naturaleza en los casos de hibridismo, o sea, de mezcla de razas no afines o específicamente diversas. Estas teorías de pureza racial, como vimos, están completamente refutadas por la ciencia moderna.

Veamos cómo resaltan estos caracteres en el cholo que nos pinta Argueras: «El cholo político, militar, diplomático, legislador, abogado o cura, jamás y en ningún momento turba su conciencia preguntándose si un acto es o no moral, entendiéndolo por moral la armonía de actividades en vista del bienestar general, porque únicamente piensa en sí y sólo para satisfacer anhelos de gloria, riqueza u honores a costa de cualquier principio, por sobre toda consideración, ferozmente egoísta e incomprensivo.

»El cholo de las clases inferiores o descalificadas es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio...

»En el cholo leído y de sociedad estas predisposiciones innatas se manifiestan por la inclinación a vivir de una ocupación rentada por el Estado y haciendo gala de las cualidades que se imagina poseer. Son de inclinación invencible a la duplicidad y a la mentira, a la astucia y a la intriga» (22).

Ya Solórzano Pereira escribía de los mestizos que «los más salen de viciosas y depravadas costumbres y son los que más daño suelen hacer a los indios.

Pero más que la opinión de los españoles de la conquista y colonización sobre los mestizos de la época interesa aquí la observación sociológica sobre los mestizos actuales.

Jáuregui Rosquellas describe así al cholo: «Fanático en religión y en política. Con atonía de sensibilidad en los reveses de la fortuna. Amigo del descanso y rebelde a toda disciplina. Inclinado a los éxitos fáciles que no le exigen esfuerzo ni le restan algo de

(22) ALCIDES ARGUERAS, obra citada.

su libertad tan erróneamente empleada». Para Tamayo la mentalidad del mestizo boliviano acusa falta de coherencia, de continuidad y de orientación, manifestándose dispersa y desordenada.

Estas pinturas son tal vez un poco exageradas, por cuanto solamente señalan los defectos sin indicar las buenas cualidades compensatorias.

Félix de Azara, que publicó en 1847 su *Descripción del Paraguay y del Río de la Plata*, encuentra que los mestizos paraguayos «en lo general son muy astutos, sagaces, activos, de luces más claras, de mayor estatura, de formas más elegantes y aún más blancos, no sólo que los criollos, sino también que los españoles de Europa, sin que se les note indicio alguno de que descienden de india tanto como de español».

Desde luego hay que admitir diferencias en los tipos de mestizos de las diversas latitudes de América. Sin embargo, es indudable que en lo general nuestras poblaciones mestizas presentan graves defectos colectivos que les impiden adaptarse completamente a un clima de libertad política y social como el que se ha querido establecer constitucionalmente en nuestras repúblicas. La inestabilidad es la ley de su vida bajo las fuertes influencias ambientales tanto bionómicas como sociales.

La organización social, fruto de la conquista, colocó al mestizo como un escalón intermedio entre el blanco dominador y el indio dominado.

El concepto de raza que no existe en el orden antropológico existe, sin embargo, como concepto social; como un prejuicio clasista si se quiere, por otra parte, no injustificado, porque responde a una realidad histórica. cual es la inferioridad cultural del indio, pero que, conservado a través de los siglos, ha servido para mantener la influencia social de la barbarie indígena en las masas mestizas, de tal manera que éstas nunca han podido dejar de considerarse afectas en parte al indio y a todo lo que él representa.

Las masas mestizas, debido a su parentesco con el indio, han estado sujetas a un complejo de inferioridad colectiva que les ha impedido afirmarse en su propia personalidad étnica y cultivar sus propias virtudes sociales. Este complejo se formó necesariamente por el hecho de la convivencia del mestizo con el blanco y con el indio. El blanco representaba para el mestizo la civilización y la fuerza. En el indio veía la barbarie y la debilidad.

Por eso asemejarse al blanco es motivo de orgullo y la sangre indígena es causa de un sentimiento de inferioridad.

El filibustero James Carson Jamison, que estuvo con Walker en Nicaragua en 1856, refiriéndose a las mujeres de «las familias que conservan las costumbres aristocráticas de sus antepasados españoles», cuenta: «Varias veces, al dirigirse a una de estas hijas de Castilla, tomándola por criolla, instantáneamente protestaba ella con indignación: ¡Soy una castellana pura!». El cronista filibustero dice aquí criolla por mestiza.

La orgullosa criolla tomaba a mal que la creyeran mestiza, aunque seguramente la sangre castellana no correría muy pura por sus venas, pues a esas alturas, 1856, ya no quedarían en Nicaragua sino muy pocas familias españolas que no hubieran entroncado con mestizos.

Squier, el viajero yanqui que estuvo en Nicaragua en 1849, señala el mismo rasgo orgulloso en las muchachas del pueblo: «La muchacha criolla, a pesar de los siglos y a pesar de que su sangre ha sido alimentada por cien fuentes distintas, todavía se apega con orgullo a la pronunciación musical y líquida de sus antepasados andaluces; y en una réplica indignada a una propuesta inaceptable, con el gesto de una catarina (23) y el labio de una reina, responde: «Soy una castellana».

En una reciente encuesta realizada en Brasil bajo la dirección de Charles Wagley por cuenta de la UNESCO, encontramos las mismas actuales realidades. «Por regla general —leemos en dicha encuesta— todavía hoy en el Brasil los miembros de la clase superior presentan las características del tipo blanco, y la mayoría de las gentes de color se encuentran en las clases media e inferior». Y su primera conclusión es que «en ciertas comunidades de la región del norte del Brasil subsiste una casta blanca aristocrática cuyo acceso es negado al negro, al mestizo y aun a todos los que tienen una conocida ascendencia negra o marcadas características negroides». En cuanto al indio, las altas clases sociales son más abiertas (24).

Similares observaciones pueden hacerse actualmente sobre la América española.

(23) Catarina es un pequeño pueblo de Nicaragua.

(24) U. N. E. S. C. O.: *Races et classes dans le Brésil rural, enquête effectuée sous la direction de Charles Wagley*.

Esta estratificación social de las razas, que viene desde la conquista y colonización americana, colocó al mestizo en una posición intermedia inestable. En mi *Sociología de la Política Hispanoamericana* he estudiado ampliamente esta situación en cierta manera extrasocial del mestizo, que ha influido desastrosamente en su psicología, fomentando sus defectos hereditarios y creando en él complejos anímicos que lo convierten en factor decisivo de la anarquía hispanoamericana.

Del mulato puede decirse otro tanto. Es interesante, al respecto, la observación que hace Anthenor Firmin sobre los mulatos antillanos en su obra *De l'égalité des races humaines* (1905). Dice el distinguido escritor haitiano: «El mulato participaba de los caracteres morales e intelectuales del blanco y del negro, lo mismo que de sus constituciones histológicas y anatómicas. Estaba no sólo más cerca del blanco por el color y el cabello, sino que en él habíanse disminuído los impulsos africanos. No es dudoso que en la época colonial tuviese la inteligencia más abierta que el negro. Colocado entre las dos razas, de las cuales era un guiño natural, representaba el signo de su alianza fisiológica. Pero esa misma posición, que debfa hacer de él objeto de predilección particular, producía efecto diametralmente opuesto en su progenitor blanco, que se avergonzaba de él.»

Para Bunge, el mulato es «impulsivo, falso, petulante», «irritable y veleidoso como una mujer», «lleno de argucias y dobleces», «ambicioso y arrivista». Azara, en su obra citada, los describe como superiores a los zambos en lo físico y en lo moral, más ágiles y activos que los negros y que los blancos. «Las mulatas —dice— son espirituales, finas, y tienen aptitud para todo; saben escoger, son limpias, generosas y hasta magníficas cuando pueden. Los mulatos tienen las mismas cualidades y la misma finura. Sus vicios más comunes son el juego de cartas, la borrachera y la trampa; pero los hay muy honrados.»

Según Carlo Magtegazza, que estuvo en la parte francesa de Santo Domingo en 1902, el mulato era con exceso aficionado a las diversiones, la danza y la voluptuosidad. De la mulata dice el mismo viajero milanés: «Todos los dones concedidos por la naturaleza al mulato los posee la mulata; reúne cuanto puede inspirar la voluptuosidad y el placer. En su aire lento, en su aspecto lánguido, expresado por el lenguaje de los ojos brillantes, en el brazo que se mueve lejos del cuerpo, en el pañuelo anudado

al pequeño pedazo de raíz con que pule el esmalde de los más bellos dientes, reconoceréis a una de las sacerdotisas de Venus, junto a la cual pelidece la más rara belleza. La mulata está consagrada por completo a la voluptuosidad, y el fuego de esta Dea arde en su corazón hasta extinguirse con la vida. Este culto es todo su código, satisface todos sus votos y la hace feliz. Contentar los sentidos, fomentados con las ideas más deliciosas y con las imaginaciones más seductoras, su único estudio, y la Naturaleza, en cierto modo cómplice del placer, le han dado belleza, atractivos, sensibilidad y capacidad para goces cuyos secretos no figuraban en el código de Pafos.»

Se comprende así que el mulato y la mulata fueran factores activos de la relajación de las costumbres fomentando la pérdida de los hábitos de trabajo y disciplina y provocando el desorden pasional y la consecuente anarquía espiritual y social.

En Haití, negros y mulatos se destrozaron en terribles guerras civiles de carácter racial, en que acaso la culpa original la tuvieron los blancos explotadores. En la América española y portuguesa no hubo pugna racial, pero negros y mulatos contribuyeron con su extraversion sexual al desorden social y a la anarquía.

En cuanto a los zambos, López de Velasco los pinta como «la gente más peor y vil», y Gómes de Vilaurre como «nada fieles, sumamente iracundos, crueles, traidores y, en suma, gente cuyo trato debe rehuirse». Para Alcedo es «la casta más despreciable de todas por sus perversas costumbres».

En Nicaragua los zambos fueron utilizados por los ingleses, desde sus bases de la costa atlántica, para sus incursiones piráticas sobre las ciudades españolas del interior del país.

Sin embargo, los zambos no constituyen en Hispanoamérica, por lo general, un grupo étnico y social importante, por lo que si alguna influencia tuvieron verdaderamente es la de individualidades aisladas. Así, fué un zambo, José Leonardo Chirino, que se mostró como hombre ambicioso y astuto, el que encabezó la rebelión de los negros de Coro, en Venezuela, en el año 1795, en la que participaron también como cabecillas dos mulatos: los hermanos Morillo. Por otra parte, zambos fueron también dos destacados hombres de letras de la época virreinal: Manuel José Valdés, en el Perú, y Espejo, en el Ecuador.

8. EL FACTOR POLÍTICO

Todos estos caracteres del indio, del español y del negro, y de los tipos étnicos resultantes del mestizaje de los tres, que hemos estudiado en su capacidad perturbadora y disolvente, como fruto de una transmisión hereditaria y de la combinación genética, pero más que nada de las circunstancias sociales y de las influencias mesológicas, todos estos factores étnicos de disolución y de discordia, pudieron actuar en Hispanoamérica descontrolada y libremente, gracias al ambiente histórico-político propicio que le prepararon ciegamente los románticos ideólogos que se apoderaron de los destinos de nuestras patrias.

Fué así que se produjo esa tremenda era de anarquía que ha retrasado lamentablemente el proceso de evolución histórica de nuestros pueblos.

En el momento crítico de nuestra independencia, cuando el genio de los grandes Libertadores comprendió el peligro de abandonar todas esas fuerzas disociadoras a su loco impulso en un clima de libertad, cuando las masas de soldados que habían peleado la guerra gloriosa de la Independencia, comenzaban a convertirse en azote de los mismos pueblos libertados y sus jefes de las jornadas heroicas en capitanes de facciones rebeldes, en ese momento difícil en que la anarquía empezaba a aflorar y era necesario reajustar a sus viejos cauces tradicionales los descontrolados elementos humanos de nuestro complejo organismo social, en ese momento precisamente se realiza la Revolución que las circunstancias históricas favorecieron desgraciadamente. Fué la revolución de los *liberales* contra los *libertadores*. Y éstos, vencedores en cien combates, fueron vencidos en esta última batalla, tal vez la más importante, porque en ella se jugaba para muchos siglos el destino de Hispanoamérica.

JULIO ICAZA TIGERINO

